

22
dejar que se tranquilice, pues que ya hemos sacado de ella alguna cosa.

-- Teneis razon, dijo M. Sharpitlaw. Un viejo sombrero verde, un vestido oscuro y un zaga-lejo encarnado, M. Butler, ¿este vestido no conviene con el de vuestro Wilfire de ayer noche?

-- Absolutamente; contestó éste.

-- Y yo puedo añadir, dijo Ratcliffe, que fue bajo ese mismo vestido que conocí ayer noche en esta misma cárcel á Geordy Robertson.

-- ¡Testimonio directo! exclamó M. Sharpitlaw. Ratcliffe, voy á dar al Lord Prevoste un informe favorable con respecto á vos; y esta noche yo tendré ocasion de ocuparos en algo. Entre tanto quedaos con Magde; tratad de hacedla cantar mejor; y vos, M. Butler, podreis retiraros.



CAPITULO II.

Quando el procurador fiscal volvió á la cárcel, continuó su conferencia con Ratcliffe, sobre cuya ayuda y esperiencia creia poder contar.

-- Ratcliffe, le dijo, es menester que hableis á Effie Deans; estoy seguro que ella conoce todos los parages en donde se oculta Robertson; es menester que le saqueis el secreto.

-- No, no, eso no se puede; dijo el presumido llavero.

-- ¿Y por qué? ¿quién puede deteneros? Yo creia que todo estaba ya arreglado y convenido entre nosotros.

-- Sin duda; pero yo no puedo hacer imposibles. Effie no es de mi trinca, ni ella entenderia mi geringonza ni yo la suya. Ademas ella no hace mas que llorar... ¿Y qué partido quereis que yo saque?

-- Pues bien, entonces yo mismo la hablaré. En seguida se dirigió al encierro de Effie. Esta se hallaba sentada sobre la cama, sumergida en una tristeza profunda, su comida esta-

ba aun sobre la mesa sin que la hubiese tocado, y el llavero aseguró que pasaba muchas veces veinte y cuatro horas sin otro alimento que un vaso de agua.

M. Sharpitlaw tomó una silla y abrió la conversacion esforzándose en dar á su tono y á su fisonomía una apariencia de comiseracion y de bondad; y la cosa no era fácil, pues tenia una voz dura y áspera, y sus facciones anunciaban la astucia y el egoismo.

-- ¿Como estais Effie? ¿como se halla vuestra salud?

Un suspiro fue toda su respuesta.

-- ¿Se conducen bien con vos, Effie? Este es mi deber, informarme de ello.

-- Muy bien, señor, contestó Effie, haciendo un esfuerzo para hablar, y sabiendo apenas lo que decia.

-- Vuestra salud parece bien débil. ¿Quereis alguna cosa? ¿Estais contenta con el alimento que os dan?

-- Muy contenta, señor, dijo la pobre prisionera con un tono en el que no se advertia ni el menor vestigio de la viveza y alegria de la azucena de San Leonardo; ella es demasiado buena para mí.

-- Es menester que él que ha causado todas vuestras desgracias sea un gran malvado, Effie, le dijo M. Sharpitlaw. Yo quisiera verle aqui en vuestro lugar.

-- Sin embargo, yo soy mas digna de reproche que él; contestó Effie: yo he sido educada bajo buenos principios; pero el pobre miserable....

-- Ha sido toda su vida un bribon. Era el compañero de ese malvado Wilson, yo creo; ¿no es verdad Effie?

-- ¡Ah! ¡mas le hubiera valido no haberle conocido jamas!

-- Es verdad, Effie: las malas compañías le han perdido. ¿Y sabeis que se ha hecho de él?

Simple y sencilla, Effie habia seguido sin echarlo de ver el impulso que le habia dado el procurador fiscal, porque habia tenido el arte de hacer coincidir sus discursos con las reflexiones de que creia ocupada á la prisionera, de modo que ésta respondiendole, no hacia mas, por decirlo asi, que pensar en alta voz: resultado que se obtiene facilmente con diestras sugerencias de los que estan naturalmente distraidos ó absortos por una gran desgracia. Pero la última observacion se asemejaba dema-

siado á un interrogatorio directo, y Effie conoció toda la malicia.

-- ¡Qué decia yo! exclamó levantándose de la cama, y apartando de su hermosa frente los cabellos que cubrian sus delicadas facciones y marchitas, pero al traves de las cuales se descubria su beldad antigua: y dirigiendo su vista á M. Sharpitlaw, le añadió: -- Os creo honrado y bastante humano para no aprovecharos de la distraccion de una pobre jóven, que no sabe ni en donde está, ni lo que se dice.

-- Yo quisiera aprovecharme de ello, Effie, para vuestro bien; y creo que nada os seria mas ventajoso como el que contribuyais á la prision de ese malvado de Robertson.

-- ¡Señor! ¿y por qué injuriar á un hombre que nunca os ha hecho mal? ¡Roberson decís! Yo no tengo nada que decir, ni diré nunca nada contra nadie que se llame así.

-- Pero si vos le perdonais vuestras propias desgracias, Effie; pensad en la desesperacion en que ha sumergido á toda vuestra familia.

-- ¡Que el cielo se compadezca de mi! exclamó la pobre Effie. ¡Este golpe es para mi tan terrible que apenas puedo suportarlo!... ¡mi pobre padre! ¡mi querida hermana! ¡Ah! se-

ñor! si teneis alguna compasion.... porque todos los que yo veo aqui tienen el corazon tan duro como el mármol..... permitid que mi hermana entre hasta mi habitacion la primera vez que venga á verme.

Effie suspiraba diciendo esto, y miraba con un aire tan afligido á M. Sharpitlaw, que éste se enterneció sin poderlo remediar.

-- Vos vereis á vuestra hermana, le dijo, si quereis desirme.... No, no, añadió, que habéis, que calleis, vos la vereis, yo os lo prometo; y levantándose precipitadamente, se retiró.

En el instante que vió á Ratcliffe le dijo: Vos teneis razon; esa pobre muchacha no hace mas que llorar ... suspirar.... y en fin, no se le puede sacar una palabra.

Con todo, yo he adivinado una cosa, y es que ese Robertson es el padre del niño, y yo apostaria una buena guinea que es él quien debe esperar esta noche á Jeanie en el terreno de Muschat. Pero ó yo no me llamaré Gedeon Sharpitlaw, ó allí le cogemos.

-- Pero me parece, dijo Ratcliffe, quien á causa tal vez de sus antiguas relaciones, no tomaba mucho interés en cooperar al descubrimien-

to y prision de Robertson, me parece que si esto fuese, Butler, cuando le habló en las rocas de Salisbury, hubiera conocido que era él, quien bajo el nombre de Wildfire estaba á la cabeza de los sediciosos.

-- Nada de eso, replicó M. Sharpitlaw. La agitacion y susto de Butler, la diferencia de trage de ese tunante, su cara pintada de diferentes colores, y la diversidad de la luz de la noche á la del dia, todo pudo haber contribuido á engañarle. Pues vos mismo, Ratcliffe, ¿no os he visto yo mismo á veces tan desfigurado, que vuestro padre no se hubiera atrevido á jurar que fueseis vos?

-- Y es verdad, dijo Ratcliffe con cierta satisfaccion.

-- Y por otra parte, sois bien tonto: el ministro mismo me dijo que sus facciones no le eran desconocidas, aunque no podia afirmar cuando ni en donde le habia visto.

— Es posible que V. S. tenga razon.

— Esta noche iremos los dos á tender las redes, y espero que no se nos escapará.

— Yo no veo de qué utilidad pueda yo ser en esa espedicion.

— ¿De qué utilidad? Vos me servireis de

guía... Vos conoceis el terreno, viejo pescador, y no me dejareis hasta que el pez esté en la nasa.

— Esto será como V. S. quiera, contestó Ratcliffe poco satisfecho; pero es menester pensar que Robetson es un hombre determinado.

— Nosotros tendremos con qué reducirle á la razon si es menester.

— Pero sin embargo, replicó Ratcliffe como por via de reflexion, yo no sé bien si yo podré conducirlos al terreno de Muschat por la noche. Hay tantos terreros, tantas alturitas en ese demontre de valle, que todas se asemejan como el diablo á un carbonero. Esto es querer coger la luna con los dientes.

— ¿Qué quiere decir eso, Ratcliffe? le dijo M. Sharpitlaw echándole una mirada feroz: ¿Os olvidais que aun estais condenado á muerte?

— ¡Oh! no, eso no: respondió Ratcliffe, esta es una cosa que no se olvida con tanta facilidad. Si juzgais mi presencia necesaria, os seguiré; pero lo que yo decia era por el bien de la cosa, porque hay uno que podria guiaros mejor que yo: y es Magde-Wildfire.

— ¡Qué Diantre! Era menester que yo estubiese tocado de un ramo de locura peor que la

suya, para fiarme de ella en una ocasion tan delicada.

— Es porque vos no sabeis que ella pasa todas las noches al raso; que ella conoce todas las trochas y senderos de esas montañas, y que no hay en ellas ni terrero ni foso que no pueda encontrar en la noche mas obscura, tan bien como á medio dia; y si vos me permitis hablarla y tenerla de buen humor, yo os prometo que nos llevará por buen camino.

-- Sea en hora buena Ratcliffe; yo convengo en ello; pero cuidado con lo que haceis esta noche, pues vuestra vida depende de la conducta que observeis.

Los últimos rayos del sol les vieron salir de Edimburgo por la puerta de Canongate con direccion á la abadia de Holyrood; alli treparon por la montaña que cierra el valle por el lado del Sud. No eran mas que cuatro: M. Sharpitlaw y un oficial de policia, armados con sables y pistolas: Ratcliffe, á quien no habian creido conveniente confiar armas, de miedo que hiciese un mal uso de ellas, y Magde que habia consentido en servirles de guia. Pero al bajar la montaña, encontraron otros cuatro dependientes de policia armados hasta los dien-

tes, á quien M. Sharpitlaw habia mandado se dirigiesen con anticipacion á aquel parage y le esperasen, á fin de tener una fuerza suficiente para hacer inútil toda resistencia.

Ratcliffe no vió con gusto aquel aumento de fuerzas. El habia pensado que Robertson, jóven, listo, vigoroso y lleno de valor, podría desembarazarse facilmente de M. Sharpitlaw y de su acólito, y como no le habian dado armas, no se podia esperar ninguna cooperacion activa por su parte; pero cuando vió el refuerzo de cuatro hombres robustos y bien armados, comprendió que no le quedaba á Robertson otro medio de salvarse (segun lo deseaba Ratcliffe, con tal que pudiera hacerlo sin comprometerse) que el que le habia ocurrido de empeñar á M. Sharpitlaw á que tomase á Magde por guia. El sabia que nada en este mundo, ni ruegos, ni amenazas, ni promesas, podia obligarla á callar, y esperaba que el timbre de su voz y las canciones que cantaba á cada instante, llegarían á los oidos de Robertson, y seria un motivo suficiente para determinarle á retirarse con tiempo.

Al principio se halló bien contrariado viendo que Magde guardaba un profundo silencio;

pero parece que el aire de las montañas le volvió su locuacidad acostumbrada, pues desde que llegó á la cumbre encontró el habla y antes que llegasen al valle hablaba tanto, y daba tales voces, que M. Sharpitlaw, después de haber agotado inútilmente todos los medios para hacerla callar, se desesperaba de haber tomado por guía en una expedición que pedía tanto secreto, una muger que parecía á propósito para hacerla abortar.

-- ¡Cómo! dijo á sus dependientes; ¿ninguno de vosotros se halla en estado de conducirme á ese infernal terrero de Muschat? ¿No hay mas que esta condenada chillona que conozca el camino?

-- ¡El diablo lleve tu algaravia! le dijo M. Sharpitlaw. ¿No dejareis á lo menos que me respondan?

Ratcliffe distrajo por un momento la atención de Magde, y entre tanto los dependientes de policia declararon á su gefe, que todos conocian el terreno perfectamente de Muschat, pero que por la noche les seria imposible distinguirlo de las demas alturitas que llenaban todo aquel valle.

-- ¿Y qué haremos ahora, Ratcliffe? dijo M. Sharpitlaw. Si nos oye antes que estemos cer-

ca de él (y no dudo que nos oiga) tomará la huida, y se nos escapará facilmente. Yo daria de buena gana cien libras esterlinas por cogerle, por el honor de la policia, y porque el pre-
voste desea hacer ahorcar á alguno por este asunto de Portews, para calmar la cólera de la córte.

-- No hay peligro, Señor, dijo Ratcliffe. Él sabe mejor que nadie, que Magde corre los campos todas las noches cantando antiguas coplas y romances; y si la oye, no tendrá ningun cuidado, ni se imaginará que esté tan bien acompañada.

-- Es probable; y si cree que está sola, es aun posible que venga á buscarla en vez de huir. Vamos, señores, adelante, no perdamos tiempo; y sobre todo gran silencio, y que hable solo esta loca, pues que no se la puede hacer callar. Ratcliffe, tened cuidado que no nos estravie.

-- Y ¡cómo! ¿Muschat y su muger viven ahora juntos? pregunto Ratcliffe á Magde para escitarla á hablar. Vos debeis saberlo, pues que les hablais.

-- ¡Oh! contestó Magde con el tono de una comadre que cuenta una historia de sus veci-

nos: ellos no piensan ya en lo sucedido: yo les he dicho, que lo hecho ya está hecho; la muger ha cosido su garganta, y se tapa con la sábana para que no se la vea la herida; pero él está aun manchado de sangre, y por mas que se lava, no se la puede limpiar.

Entretenida con estos discursos y otros semejantes inspirados por la locura, caminaba con rapidez teniendo por el brazo, ó mas bien arrastrando á Ratcliffe, que en la apariencia instaba á que hablase mas bajo.

De repente se detuvo sobre una pequeña altura, y fijando los ojos en el Cielo se quedó inmóvil durante dos ó tres minutos.

-- ¿En qué diablos se entretiene ahora? dijo Sharpitlaw á Ratcliffe. ¿No podeis hacerla andar?

-- Un momento de paciencia, señor; ella no dará un paso mas aprisa, que lo que se le ha metido en la cabeza.

Yo le prometo que bien pronto hará una visita á Bedlans, ó á Bridewel (1), y creo que estará en el lugar que merece, en cualquiera de las dos partes.

(1) Casa de correccion.

Cuando Magde se detuvo, tenia el ceño triste, y estaba como pensativa, pero de repente dió una gran carcajada, y dirigiéndose ácia la luna, cantó lo siguiente:

Luna, luna, buenas noches:
No te vayas, yo te lo pido,
Que á tu luz yo pueda ver
Al amante por quien suspiro.

-- ¿No hubiera yo podido decir; por quien yo suspiraba? Pero, qué importa; nadie dirá que yo he hablado de él: ¡un niño!.. pero que..

-- Esta condenada nos hará estar aqui toda la noche. Hacedla andar Ratcliffe.

Es muy fácil, señor; pero ¿ácia qué lado? Si no la deajo escoger su camino, arriesgamos que nos descarrie. Vamos Magde, le dijo Ratcliffe, si no nos damos prisa, llegaremos muy tarde, y no podremos ver á Muschat y á su muger, pues estarán ya dormidos.

-- Si, si, es verdad, Ratcliffe, vamos, vamos; y se puso á andar tan aprisa que Sharpitlaw y sus dependientes tenian trabajo en seguirle, pero ni hablaba ni cantaba.

-- ¡Vamos! pensó Ratcliffe, despues de haber

hablado y gritado toda la noche, esta miserablelo cacallará cuando yo quisiera quehiciese un ruido infernal. Pero hé aquí como son las mugeres: si mueven la lengua, es para hacer mal, si callan, es para hacer mas aun. Yo quisiera..

En esto Magde se puso de repente á cantar.

Pajaritos retiraos,
Que el Alcon estiende sus alas:
Acogeos á vuestras guaridas,
Cervatillos: que el cazador está en campaña.

Haced callar á esa maldita loca, Ratcliffe, aunque sea preciso ahogarla, dijo M. Sharpitlaw. Yo veo gente allá bajo. Poinder, quedaos con Ratcliffe y con esa maldita loca. George, rodead el terrero por la izquierda, y vosotros seguidme.

Ratcliffe les vió adelantarse tomando todas las precauciones de un gefe de salvages que conduce su tropa durante la noche para sorprender una partida enemiga que no le espera, haciendo aun un rodeo para evitar la luz de la luna, y ocultarse el mas tiempo posible á la sombra de una altura inmediata.

-- Geordy está perdido; pensó Ratcliffe. Qué

djablo tendrá ahora que hacer con esa Jeanie Deans, ó con todas las mugeres del universo? ¡Estos jóvenes son tan imprudentes! Y despues ¡esta maldita loca no quiere cantar! Si yo pudiera á lo menos hacerle recobrar su algaravia sin que este maldito perro de Poinder lo advirtiese.... y se puso á repetir en voz baja los últimos versos que Magde habia cantado.

Esta estratagema le salió bien, pues Magde cantó inmediatamente.

El enemigo hace su batida:

Sir James, ¡qué! ¿dormis?

Dispertad, tomad la huida.

Aunque Ratcliffe se encontraba á una larga distancia del terrero de Muschat, estando sus ojos acostumbrados como los de un gato, á descubrir los objetos en la obscuridad, vió que Robertson se habia puesto en movimiento, pero sus compañeros tardaron mas en advertirlo. En fin, al cabo de algunos minutos, se oyó la voz áspera de Sharpitlaw que gritaba con todas sus fuerzas ¡se ha escapado! Yo le he visto sobre las rocas de Salisbury. A seguirle, amigos míos: aquí, pronto aquí, Ratcliffe. Pronto á

mi lado, pero confundid antes á ese diablo encarnado.

-- Os aconsejo que recurrais á vuestras piernas Magde, le dijo Ratcliffe; pues el procurador no es nada bueno cuando está colérico.

Magde conservaba, á pesar de su locura, bastante juicio para aprovecharse de este aviso, y no fue necesario repetírselo dos veces.

Entre tanto Ratcliffe corrió á unirse con Sharpitlaw, afectando toda la actividad y celo en la obediencia; éste habia hecho una prisionera y le esperaba con impaciencia para dársela á guardar.



CAPITULO III.

Hemos dejado al fin del tomo anterior á Jeanie Deans llena de terror, viendo despues de la partida de Robertson, varios hombres que se dirigian ácia ella. Uno de ellos era Sharpitlaw, quien adelantándose á los demas la preguntó: ¿Vos os llamais Jeanie Deans? y sobre su respuesta afirmativa le añadió: vos sois mi prisionera; pero si me decís por que ludo se ha escapado, os pondré inmediatamente en libertad.

-- Yo no sé nada, señor, le contestó Jeanie. Esta era la verdad; pero como regularmente es esta la respuesta que se presenta á los que quieren eludir una pregunta que les embaraza, el procurador fiscal creyó que ella queria engañarle.

-- ¿Pero á lo menos sabeis con quién hablais hace poco?

-- No señor, le contestó temblando.

-- Ya haremos de modo que lo sepais; le dijo Sharpitlaw.

Fue precisamente en este momento que des